El sentido común, el sentido sobrenatural y el sentido del humor del beato Josemaría

Heliodoro Dols
Arquitecto

Con motivo del encargo de proyectar lo que sería el Santuario de Torreciudad, estuve reunido en dos ocasiones en Roma con el beato Josemaría, una en junio de 1967 y otra en septiembre de 1971. Fueron dos reuniones informales en las que en todo momento no quería imponerme nada, para respetar al máximo mi libertad al proyectar lo que sería Torreciudad. Me dijo que dejaba libérrimos de hacer lo que les pareciera a quienes dirigían la construcción del nuevo santuario y les agradeció mucho que no se mencionara a los de uno y otro bando de nuestra guerra civil en el primer folleto de Torreciudad que se editó, sin mencionar que escondieron la Virgen en aquella época.

De las conversaciones de aquellos días no puedo entresacar conclusiones ni opiniones estéticas o arquitectónicas suyas. Como resumen sólo puedo acordarme de su gran sentido común, su gran sentido sobrenatural y su gran sentido del humor. Pero, ante la perspectiva del Centenario, intentaré fijar algunos recuerdos que para mí, más allá del ejercicio profesional, supusieron verdaderas, vitales y alegres enseñanzas.

Libertad

El hecho de que los recuerdos no tuviesen unos perfiles definidos encuentra su sentido en que el beato Josemaría era tan consciente de lo que era el Opus Dei, esa *«organización desorganizada»*, que rompía todos los moldes que pudieran *«encorsetar»* a cualquiera de sus hijos. Ni siquiera en asuntos teológicos podía haber una escuela teológica, digamos que defendida o difundida por el Opus Dei. Cada uno de sus hijos y, por supuesto, de sus colaboradores y amigos que se beneficiaban del espíritu del Opus Dei, podía investigar donde quisiera y como quisiera, siempre que no estuviera en contraposición con el Magisterio de la Iglesia

Mucho menos podría haber una corriente artística defendida por el Opus Dei o una arquitectura propia del Opus Dei: cada artista podría crear siguiendo el camino que más se compenetrara con su modo de pensar y hacer. Porque al beato Josemaría lo único que le interesaba era que se llevara a cabo con oración, con espíritu de humildad, con afán de servicio, con optimismo, que pudiera *ser camino para el encuentro de los hombres con Cristo.*

En los años correspondientes a la etapa fundacional del Opus Dei, la arquitectura no tenía un camino claro. Después del estilo internacional de funcionalidad y racionalidad extremas, con un respeto hacia los materiales y un desprecio completo a cualquier adorno o moldura superficial, se lanzó hacia un postmodernismo, reacción clara de aquella sencillez, en el que se quiso liberar de aquel racionalismo, no volviendo a un orden o estilo clásico, sino a utilizarlo arbitrariamente para superar también cualquier esclavitud que le pudiera proporcionar el clasicismo. Más tarde desembocó en el deconstructivismo, rompiendo con la razón de ser de la arquitectura de todos los tiempos –que siempre había surgido de la utilización de unos materiales que le habían ido marcando la forma y el buen hacer–, desafiando a la verticalidad de la gravedad y rompiendo en planta con el ángulo recto y con cualquier forma geométrica preestablecida.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Ahora, a través de un minimalismo a veces caro pero lógico, parece que la arquitectura ha entrado por unos caminos más claros, sencillos y perennes. En todo este trayecto ha habido unos excesos arquitectónicos que, igual que en las demás artes, nos han llevado a algunas obras efímeras, pasajeras, en las que algunas veces parece que ha prevalecido el afán de ser original más que el de ser consecuente; más buscar el aplauso que lo bello y, por tanto, creando a veces una arquitectura superficial.

Solidez

Por eso, en mis encuentros con el beato Josemaría, él no podía ni quería seguir los bandazos por los que iba atravesando el arte y, al hablar de Torreciudad, me dijo que quería soluciones modernas pero que estuvieran inspiradas en Aragón. Precisamente, las tendencias arquitectónicas de aquel momento nos llevaban a tratar de que la arquitectura racionalista y universal fuera menos universal y estuviera más arraigada a la tierra: que un edificio fuera el resultado lógico del lugar donde se encontraba, pero no copiando o mimetizando la arquitectura existente. Y el Fundador del Opus Dei me dijo que no se me ocurriera hacer el Pueblo Español de Barcelona.

Tenía un gran sentido de la construcción y no quería arquitecturas efímeras cuyo mantenimiento fuera costoso. Me decía que los materiales deberían ser recios y definitivos; que las bajantes estuvieran a la vista, como la mejor solución para su reparación si se embozaban; y recuerdo que me dijo que proyectara una buena galería de servicios, por donde él pudiera pasar de pie y no agachado.

Hay que comprender que el beato Josemaría no criticaba la arquitectura efímera, pero no la podía querer para un Santuario a la Virgen que tenía que durar siglos y que no debía tener unos gastos excesivos de mantenimiento. A él le podría preocupar su belleza, pero en eso no podía influir, y –como buen promotor– le preocupaban las personas que iban a vivir allí, es decir, la funcionalidad de aquellos edificios.

Funcionalidad

Le preocupaba mucho que las personas que se encargaban del mantenimiento de los edificios, limpieza, comida, ropa de cama, etcétera, pudieran llegar a todos los sitios sin interferencias con quienes utilizaran las distintas dependencias, y me dijo que pusiera los cavalcavías, galerías, arcos... necesarios. Se puede ir –me dijo– por tierra, mar y aire, pero tienen que llegar. Me aconsejó proyectar toda clase de máquinas para los que llevaran ese mantenimiento, porque cuanto más tiempo ahorrasen, más tiempo tendrían para su vida de piedad y apostólica.

Y aquella galería por donde van todas las instalaciones –puesto que el beato Josemaría la quería alta– sirvió para que las personas que trabajaban en la administración pudieran acceder por debajo a todos los edificios y subir a todas las plantas por el

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

ascensor para poder limpiar y llevar sábanas, ropa, etcétera. Fue motivo de que luego alguien dijera que se habían hecho unos sótanos donde se iban a guardar los tesoros del Opus Dei: pobres tesoros son unas alcantarillas. Hasta llegaron a decir que un submarino accedía a ellas por debajo.

Podría decir que al beato le preocupaba que estuviese todo pensado, que no hubiera improvisaciones. Comentando la urbanización exterior, me habló de buena iluminación, fuentes para beber agua natural potable (no de aguas milagrosas) y la colocación de cepillos de limosnas para ayudar a mantener todo aquello. Habló también de los carteles de señalización, que fueran dignos y con todas las indicaciones hechas de modo positivo, porque el *«no»* lleva a hacer que *«sí»*: no le gustaban las prohibiciones. También mencionó las papeleras, las velas con autoservicio, los altavoces exteriores y que en la explanada debería haber una copia de la imagen de la Virgen de Torreciudad, pero de metal, para que no se deteriorase al estar al aire libre y, previendo que estuviese bien iluminada, me comentó que no tuviera bombillitas en la corona.

Magnanimidad y austeridad

Y si hemos subrayado su interés por la durabilidad de los edificios, así como por su funcionalidad, no podemos omitir su magnanimidad. Él solía decir, confiando plenamente en la Providencia divina, *se gasta lo que se deba, aunque se deba lo que se gaste.*

Sin querer, amplió todo. Se asombraba que no tuviera proyectada una explanada –nadie me la había pedido–, que el Santuario fuese más pequeño que el de Lourdes y Fátima, que los confesonarios fuesen únicamente diez o doce... Me decía que él no lo vería, pero nosotros sí. Que vendrían personas de muchos países, que tuviéramos cuidado para que a lo largo del tiempo no nos edificaran una ciudad en las narices, como en Lourdes.

Y al explicarle que el Santuario podría ser ampliable, no le gustó la idea de que se hiciera a trozos, sino que se proyectara definitivo. Al definir su tamaño, el grupo promotor temió que fuese pequeño y me pidió que lo ampliara con unas galerías superiores. Al beato Josemaría le parecieron peligrosas y me insinuó que eliminara los grandes escalones lógicos en los anfiteatros.

Y al hablar de los confesonarios, yo había previsto unos cuantos, y al aumentar su número considerablemente y decirme que estuvieran aislados del Santuario, le propuse hacer una cripta debajo de la iglesia, aunque los confesonarios tendrían que estar en varias capillas, porque habría que poner pilares que aguantaran el pavimento de la Iglesia. Le pareció muy bien que estuvieran separadas para evitar el barullo y el desorden al ir a confesar y, en cambio, contribuir al necesario recogimiento de los fieles. Me dijo que quería que *«mataran a confesar»* a sus hijos sacerdotes y a los que les ayudaran.

Y fue al comentar el presbiterio del Santuario, cuando el beato Josemaría se volcó con más cariño. Hablando del retablo, dijo que

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

ntrase por los ojos, que fuera una lección de catecismo -sabiendo que Jesucristo es Dios y Hombre y eso a él le acercaba a Dios–, que lo entendieran toda clase de personas. Y aquí, el beato Josemaría recalcaba la diferencia entre arte litúrgico y arte profano ante la separación actual del artista y la sociedad.

Fue suya la idea de hacer un retablo aragonés con el óculo eucarístico. No le gustaba hacer una iglesia grande dedicada a la Virgen –hay que tener presente que el beato Josemaría no quería que nadie le ganase en amor a la Virgen– y poner al Señor en un rincón. Le gustaba que el Señor presidiera toda la iglesia: *Le haremos, con nuestra pobreza y con el amor de todos, un buen trono en el sagrario rico y* subrayándolo *acompañado, que ha de presidir desde lo alto del retablo de la iglesia todas las actividades apostólicas que entre aquellas peñas aragonesas se realicen, para honra de su Madre, para bien de todas las almas y para el servicio de la Iglesia Santa.*

Y así como constantemente me había hablado de no hacer nada lujoso, de no utilizar materiales caros y hacer unos edificios sobrios, me insistió en que el altar no fuera roñoso, que fuera rico en la medida de lo posible. Mucho más me dijo, porque él no quería hablar de arquitectura sino de lo que llevaba en el corazón, de las gracias que esperaba que el Señor querría hacer a quienes acudieran a su Madre Bendita ante esa pequeña imagen tan venerada desde hace siglos: milagros espirituales que pasan escondidos sin que puedan hacerse estadísticas; si la Virgen quería hacer otros, a él no le parecerían más grandes. El beato Josemaría no podía marcarnos pautas estéticas en la arquitectura actual, precisamente por la libertad que teníamos y eso que al principio de la Obra, la tenía que hacer con «*cuatro chisgarabís*» y aunque entre ellos hubiera algún buen arquitecto, le podrían dejar unos «*bodrios*» enormes en aquellas circunstancias en que la arquitectura no sabía por dónde podía ir. Sabiamente, en cualquier país y en cualquier circunstancia, quien tenía que decidirlo serían unos grupos promotores, que, como cualquier propiedad para un arquitecto, no sólo buscaban el dinero para los edificios, sino que eran los que marcaban la pauta de lo que querían o necesitaban.

Yo viajé por todo Huesca tratando de asimilar su arquitectura, hablé con el Fundador queriendo compenetrarme con todas sus ideas y me defendí como pude del grupo promotor, que era el que conseguía el dinero y el que podía exigir, tratando también de secundar sus indicaciones. Y, al final, salió Torreciudad.

Humildad y servicio

Pero pienso que si quisiera resumir, en todo el mensaje que el beato Josemaría legó en el espíritu del Opus Dei, qué influencia podría ser positiva para un artista o arquitecto que le pudiera ayudar en su obra de creación, sería la de sentirse como hijo de Dios, participando con el quehacer humano en la obra de la creación. El artista colabora en la perfección del mundo con su arte, desarrollando las potencialidades que su Padre Dios le ha otorgado para embellecerlo. Es como si Dios quisiera necesitar de la colaboración del artista para añadir esa aporta-

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

ción estética a su obra de la creación. El artista es un colaborador de Dios y si tiene la conciencia de ese querer de su Padre–Dios no sólo participa de su obra creadora, sino también redentora y con su obra de arte el artista o el arquitecto sirve a Dios y a toda la humanidad.

En el artista debe predominar su capacidad de servicio, más que la de orgullo; no tiene que buscar su autosatisfacción, su ambición o su soberbia, porque el artista, más que nadie, tiene la constante tentación de la serpiente a Adán y Eva *«Seréis como dioses»*. Y si el beato Josemaría nos ha hablado de esa santificación del trabajo, con mayor razón si la obra del artista va creándose para gloria de Dios y para servicio de los hombres, servirá para que no sólo el artista sino también los que contemplan su obra encuentren a Dios.

El artista es como un instrumento del Señor para perfeccionar con Él su obra creadora. Es un cooperador suyo. Un cooperador a tientas si no tiene fe, pero que deberá actuar como el que tiene fe, no para que le admiren sino para servir a los demás. Pero si tiene fe, esa cooperación alcanza una cuarta dimensión, porque no es sólo para servir a los demás sino para dar más gloria a Dios.

La obra de arte en manos del artista es como los bueyes o carneros que sacrificaban los israelitas a Dios: animales creados por Dios, que el dueño al que pertenecían le ofrecía. De la misma forma el Espíritu Santo informa al artista en su obra y le da esa dignidad de poder ser ofrecida a Dios. Y así lo decía el beato Josemaría: *No podemos ofrecer al Señor algo que, dentro de las pobres limitaciones humanas, no sea perfecto, sin tacha, efectuado atentamente también en los mínimos detalles: Dios no acepta las chapuzas. No presentaréis nada defectuoso* –nos amonesta la Escritura Santa– *pues no sería digno de Él.* Por eso, el trabajo de cada uno, esa labor que ocupa nuestras jornadas y energías, ha de ser una ofrenda digna para el Creador, *«operatio Dei»*, trabajo de Dios y para Dios: en una palabra, un quehacer cumplido, impecable.

Y esa obra de arte además debe acercar a los demás a Dios porque, al hablar de la creación, san Pablo decía a los Romanos que *las perfecciones invisibles de Dios, a saber: su eterno poder y su divinidad, se han hecho visibles a la inteligencia, después de la creación del mundo, a través de las cosas creadas.* También a través de esa capacidad que ha dado Dios al artista, la obra que sale de sus manos debe transparentar el espíritu de Cristo.

Por eso el beato Josemaría, cuando vio Torreciudad terminada, un mes antes de su marcha al cielo, después de decirme que le había gustado, para que no me pudiera entrar la vanidad de lo que había hecho, bajando con él hacia la ermita, viendo aquel desorden y caos de los volúmenes de los edificios, me dijo que yo había tirado los ladrillos y donde cayeron había construido.

Hoy, casi en el Centenario de su primera peregrinación, la imagen del beato Josemaría rezando ante el retablo atrae a miles de personas que llegan a este lugar y les acompañará como intercesor especialísimo en ese momento, para que se produzcan en sus almas esos milagros de alegría y paz con los que él quería llenar el mundo entero.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

© *by* EDICIONES RIALP, S.A., Sebastián Elcano, 30, 28012 MADRID.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei